

insignificancias, que en su conjunto constituyen lo más importante de la vida. Hoy os hablaré de la elección presidencial 6 de las reformas que es necesario realizar en este país que habeis escogido por residencia; pero mañana fustigaré una preocupación de esas que corren por las calles desde el día en que el espíritu del siglo desterró todas las preocupaciones, y pasado mañana daré su merecido á los disparates patrióticos-gramaticales de los poetas de Setiembre, y dentro de ocho días trataré de la descompostura de las calles ó del mal alumbrado público, que tan caro cuesta á los habitantes de la capital.

En fin, os hablaré de cuanto me ocurra, no teniendo más criterio que el sentido común, y no proponiéndome otro objeto que el no fastidiaros.

Tal vez no logre cumplir este propósito; pero será por sobre de tontera, pero no por abundancia de filosofía.

¿Os conviene? Pues desde el próximo número comenzareis á recibir á domicilio mis pacotillas de baratijas.

Si no os conviene, si os parezco demasiado frívolo ó indigno por mi ligereza de que paseis vuestras graves miradas por mis artículos, si preferís medir mucho, y sacar alguna sustancia de lo que leáis, no teneis más que consagraros en cuerpo y alma á la lectura de los artículos del director de este periódico. Este sí es un filósofo que os hará pensar, y que os presentará las cuestiones del día bajo todos sus aspectos despues de haberlas profundizado hasta donde ya no encuentre fondo.

Lo que soy yo, os prometo que jamás pasaré de la superficie.

Pero, no sé por qué tengo la esperanza de que me habeis de leer.

"Todos los días perdices cansan" decía Fernando VII á su confesor que le reprimía por no frecuentar demasiado el trato de la reina.

Yo espero que la lectura constante de las mil cosas graves y buenas que os dirán mis compañeros, os lleguen á cansar, y entonces acudais á mis Baratijas.

VOLUNTAD.

Intereses españoles en America

Los derechos que el descubrimiento y la conquista dieron á España sobre el Nuevo Mundo, han sufrido en este siglo una transformación que impone á los estadistas españoles deberes de alta trascendencia. La tierra regada con la sangre de los héroes, la sociedad que recibió en su cuna la bendición de los misioneros y que tres siglos de colonización hicieron apta á la civilización, jamás pueden ser indiferentes para quienes en la Península tienen la clarividencia del porvenir de nuestra raza, y del inevitable influjo que en la raza tendrán el engrandecimiento ó la decadencia del pueblo español.

Es el deber de todos los hombres de Estado que en Madrid gobiernan, inquirir con empeño los medios de asegurar á España influencia y preponderancia de todo género en América. Lúbrase en este inmenso continente una batalla que apenas comienza, pero que asumirá enormes proporciones dentro de poco tiempo: la batalla de las industrias europeas; y de las inglesas y norteamericanas, sobre todo; quién domina en estos mercados, á dónde tornan hoy los ojos los que en los grandes centros de producción no hallan consumos equivalentes, se asegurará al mismo tiempo que clientes y amigos tendrán un gran papel político en los destinos del mundo. Y muerto ya el espíritu de conquista armada, ¿qué expansión más útil y legítima hallarían los elementos de riqueza hoy concentrados en la madre patria, que la de abarcar, por la fuerza del trabajo honrado y de la solidaridad comercial, los países por ley natural comprendidos del seno español? No se ha formado en América pueblo alguno que no lleve el sello de la grandeza ibera en los timbres nobiliarios de su origen; no consintamos que países, extraños á los que son hermanos nuestros por la sangre, por el idioma y por el culto de los ideales más levantados, vengan á arrebatarnos, con el afecto que se nos debe, el vasto campo que se nos brinda para el ejercicio de todas las dotes de nuestro espíritu.

Corrientes tenaces, si lentas, fluyen sin cesar de la Península hacia el Occidente; los vigorosos trabajadores del país cantábrico y los emprendedores catalanes, los andaluces ingeniosos y los constantes aragoneses, cuantos hablan la lengua con que Cortés y Pizarro proclamaron en América el genio de una gran nación, jamás podrán creer que el continente nuevo ha dejado de ser cosa suya. Rancias preocupaciones afuera, el hecho es que tras inútiles y torpes desvíos, tras contingencias políticas tan efímeras como deplorables, España y los pueblos hispano-americanos tienen que sentir siempre latir la misma vida en sus entrañas, bullir el mismo fuego patriótico que han encendido en la historia los faros más sublimes de la

epopeya, y engendrarse en su mente indestructibles propósitos de elevación y la supremacía común entre los países civilizados.

Por eso, á pesar de erróneas y quizás apasionadas tentativas, la corriente española seguirá surcando el Atlántico, trayendo consigo el copio inexhausto de fuerzas que en la Península sobran, para emplearlas aquí en la labor que beneficia á todos, al labrador lo mismo que al industrial, al comerciante lo mismo que al marino, al país que se habita, como á la patria ausente y más amada cuanto más lejana.

Yano es que especuladores de distinta raza, que no cuentan en América con esta gran materia prima que se llama la fraternidad, traten de arrebatarnos para siempre lo que por la fuerza de las cosas tiene que ser nuestro. ¿Qué industria no podemos poner nosotros en España bajo el mismo pié que los alemanes, los ingleses, los franceses ó los americanos? ¿No tenemos tejidos incomparables, vinos y aceites únicos, armas célebres, ferreas-modelos, frutos exquisitos? ¿La existencia intelectual de estos pueblos, no nos sigue debiendo en gran parte su manera de ser? La ciencia y la filosofía, propias y agenas, se las damos en libros originales ó baratas traducciones; la literatura se nutre principalmente de nuestros mismos manantiales, y son el drama de Echegaray, la comedia de Blasco, la zarzuela de Arrieta, el repertorio obligado de todos los teatros, como nuestras novelas históricas y de costumbres son deleite y pasión de todas las clases de la sociedad. Tenemos, en resumen, las mismas cualidades y los mismos defectos, acariciamos las mismas ilusiones y satisfacemos idénticos gustos; monarquía allá y república aquí, con mares de por medio pero corazones unidos, somos en realidad un mismo pueblo con distintos nombres, con distinto régimen político, pero para cuyas aspiraciones solo hay una misma fórmula y para cuyos esfuerzos por el bien, habrá un solo premio.

Estos grandes intereses establecen entre España y América una indestructible comunidad y los políticos de ambos hemisferios deben procurar su fomento y desarrollo; siendo cada vez más prósperos por esta alianza y correspondencia del trabajo, los hispano-americanos nos verán siempre como miembros de una misma inseparable familia, y el sol de Carlos V, trasfigurado por las grandes ideas de nuestra época, no se pondrá jamás en los dominios españoles.

TRIUNFO CIENTIFICO.

La operación científica, cuyo objeto es unir directamente y por medio de triángulos trazados por encima del Mediterráneo, la red geodésica argelina á la española, ha sido coronada por el éxito más lisonjero á pesar de los grandes inconvenientes con que ha tenido que luchar la comisión franco-española.

Bajo el punto de vista de la ciencia pura, se ha obtenido un arco de meridiano terrestre mayor que el más grande de los medidos directamente hasta el día, pues partiendo este arco de las islas Shetland, situadas al Norte de Inglaterra, se prolonga hasta el desierto de Sahara.

La distinta configuración del litoral español y el africano hacia necesario el emplazamiento en puntos determinados de las estaciones de observación. Estas eran en Argelia, la cima del monte Modjadio, situado á 585 metros sobre el nivel del mar, y la de la sierra de Pihiaoucen á 1.100 metros. Las dos estaciones españolas estaban situadas, la primera en el pico de Muley-Hacen (sierra Nevada) á 3.550 metros de altura, y la segunda en la llamada Tética de Bacares (sierra de Filabres) á 2.400 metros.

En geodesia jamás se ha operado á tan grandes distancias, pues basta decir que en los triángulos trazados, los lados que atraviesan el mar tienen de 270 á 300 kilómetros de largo.

Los procedimientos empleados hasta ahora por la ciencia para estas operaciones eran insuficientes; y por ello fué necesario construir para la observación de día grandes espejos plateados de 30 centímetros de diámetro, que pudieran reflejar á grandes distancias los rayos solares; y para la de noche, aparatos especiales de una gran potencia óptica que produjeran puntos brillantes de una intensidad específica, comparable solo á la del sol. Como era natural, se adoptó la luz eléctrica producida por las máquinas Gramme, puestas en movimiento por motores de vapor. Esta luz, reflejándose en el foco de un espejo plateado de 50 centímetros, es enviada por el reflector al punto que se quiera dirigir.

El día 9 de Setiembre se distinguió por primera vez, desde la costa argelina, la luz eléctrica de la estación española situada en la Tética de Bacares, dando tiempo al presidente de la comisión francesa á que por tres veces midiera el ángulo de dicho punto. El día 10 se vió la luz de Muley-Hacen.

El 11, al concluir el crepúsculo, apareció por segunda vez la de la sierra de Filabres semejante á una estrella de segunda ó tercera magnitud; un momento despues se distinguió la de Sierra Nevada; las cuatro estaciones se comunicaban y por consiguiente estaba asegurado el éxito de la difícil operación científica.

Por nuestra parte felicitamos por tan brillante triunfo, á la comisión española y á su digno presidente el ilustrado general Ibañez, que con tanto acierto ha dirigido los difíciles trabajos que le estaban encomendados, y unimos nuestros plácemes á los que ya le ha tributado con gran justicia la prensa extranjera.

NUESTRO PERIODICO EN EL CASINO ESPAÑOL.

Ni por un momento queremos dar más valor á nuestro periódico del que pueda alcanzar por sus condiciones; pero es para nosotros tan necesario vivir dentro del espíritu y de las tendencias de la colonia española, que el menor testimonio de que sabemos interpretar bien sus deseos, es para nosotros motivo de profunda satisfacción.

Apenas dimos á luz nuestro programa, quisimos consultar su conveniencia con la corporación española más caracterizada del país, á cuyo efecto lo dirigimos la carta que copiamos más abajo. El Casino accediendo á nuestro deseo, no solo presta al programa de El Centinela su respetable aprobación, sino que nos alienta y nos estimula con su aplauso. Séanos permitido expresar aquí nuestro reconocimiento por esta deferencia. Nuestra carta dice así:

Casa de vd., 22 de Noviembre de 1879. Señor D. Ricardo Sainz, Presidente del Casino Español.—Presente.—Mi muy distinguido amigo: La Junta Directiva del Casino que funcionó el año próximo pasado, de la que también fué vd. digno presidente, trató mas de una vez de fundar un periódico español que, bajo los auspicios de ese Instituto, pudiese llenar ciertas necesidades inherentes al estado social de nuestros compatriotas en este país. Designado yo para dirigirlo, tuve que declinar semejante honra, no porque dejase de enorgullecarme la distinción, sino por que, estando entonces hecho cargo de la secretaría de dicha junta, tal vez pudiera achacarse á manejos míos lo que era noble y espontánea voluntad de vd. y de sus compañeros. Libro hoy de esa dificultad y resuelto á publicar por mi cuenta el periódico que antes debiera salir cobijado por el nombre prestigioso del Casino, tengo el placer de remitirle el programa de El Centinela Español, tanto para pedirle su respetable juicio sobre los puntos que ese programa abraza, como para que me indique los que la Junta Directiva del Casino estime que dentro de él deban desarrollarse como mas convenientes á la Colonia Española.

No creo, por supuesto, que á los esfuerzos aislados de un periódico deba fiarse el cumplimiento de una gran misión social; pero bien puede ser el iniciador y propagador de ideas cuyos frutos se alcancen mas tarde por el apoyo que les preste un grupo en que la energía para las grandes empresas no tiene igual ni semejante en este suelo. Así por ejemplo, el pensamiento que desde hace años se viene elaborando entre nosotros de dar mayor cohesión á los elementos españoles aquí diseminados, no es desvirtuaria porque mi periódico lo hiciera suyo, y antes al contrario, pudiera servir de vehículo para llevarlo del uno al otro extremo de la República, buscándole de ese modo una fuerza que lo colocase pronto en el terreno de los hechos. Porquó no se oculta ya esto á nadie: ese pensamiento ha nacido bajo el peso de una necesidad por todos sentida, apreciada acaso confusamente, pero que nadie rechazará, dado que no es rechazable lo que ha de abrir á la vida mas vastos y mas bellos horizontes. Vivimos en este país aislados entre nosotros, sin relaciones permanentes de nacionalidad, sin lazo ninguno preciso que nos determine como un organismo natural capaz de ayudarse á sí propio y de emplear los valiosísimos recursos de que dispone en crearse una posición bastante eficaz para llenar los fines de progreso hacia los cuales todos encaminamos nuestros trabajos. Ciertamente que dado el número de españoles aquí residentes, la grande extensión en que se hallan diseminados, la dificultad de las comunicaciones y otros obstáculos de que no es necesario hablar ahora, aspirar á que todos formasen una sola asociación con carácter bien determinado y con fines precisos, sería un verdadero sueño. Pero quiero esto decir que no podamos establecer un cuerpo bastante activo para apoyarnos en nuestra vida mercantil, y para mejorar nuestras condiciones en esta sociedad? ¿Sería tan difícil fundar en las plazas mas importantes del país sociedades españolas que, en contacto con el Casino de esta capital, hiciesen mas activas las relaciones comerciales, vigilasen en sus respectivas localidades por los intereses de nuestros compatriotas, procurasen la reparación de las desgracias y el correctivo de los desajustes, fuesen su fin un medio de apoyo y de defensa pacífica para todos, valiéndose al efecto de las inmensas fuerzas que la mutua ayuda pondría á su servicio? El centro directivo de estas sociedades no podría iniciar con la madre patria una corriente de negocios y de relaciones que fuese como el principio de una vida mas comercial y mas española, como el primer paso hacia la intimidad que la civilización designa á los pueblos de una misma raza? Productos de la industria, productos de la tierra, productos de la inteligencia que hoy nos vienen de otro lado ¿quién inconveniente habría para que los sustituyéramos, en cuanto fuera posible, por lo que nos enviase nuestro país? Y como natural agradecimiento

á la buena acogida que aquí encontraríamos en nuestro empeño ¿por qué no habíamos de procurar que al desarrollo de la riqueza española en este suelo, respondiese un desarrollo equivalente de la riqueza mexicana en el suelo en que vimos la luz?

Todo esto es muy abstracto, ciertamente: algunas de las ideas anteriores; sin embargo, me las ha sugerido vd. en una forma mucho mas clara; por lo que, de ninguna suerte creo que en el fondo de lo que acabo de indicar no haya algo aprovechable, si algunos hombres de buena voluntad se hacen cargo de esas ideas y se empeñan en llevarlas á la práctica.

Por mi parte prometo no descansar en una propaganda que juzgo útil, aunque no es de fácil realización.

Dígnese vd. acceder á los deseos que he manifestado al principio y cúnteme siempre en el número de sus afectísimos amigos, como el mas sincero servidor Q. B. S. M.—Telesforo García.

A esta carta nos contesta la Junta directiva del Casino con la siguiente benévola comunicación:

"Casino español de México.—El presidente, en junta de ayer, hizo dar lectura á la atenta carta que le dirigió vd. con fecha 22 del corriente mes, acompañando el programa de El Centinela Español, periódico que se propone vd. comenzar á publicar el 1º de Diciembre próximo.

La idea emitida por vd. de estrechar los vínculos de union y comercio entre los españoles residentes en esta República, y de desarrollar las relaciones mercantiles y de raza de nuestra patria con la que fuera en otro tiempo la más preciosa joya de sus dominios, ha merecido no solo la aprobación, sino también el aplauso de la Junta directiva.

El proyecto en general es digno de nuestra Colonia, y la junta espera que sus compatriotas de todo el país han de dar la buena acogida que merece á esa publicación, que es, sin duda, de suma importancia para todos.

Me es grato comunicarlo á vd. y ofrecerle mis respetos.

México, 28 de Noviembre de 1879.—R. del Valle, secretario.—Sr. D. Telesforo García.—Presente."

Por epílogo á este oficio quiero únicamente decir, que haré cuanto sea posible porque El Centinela no defraude las esperanzas de la primera corporación española de la República.

Romería en Alcalá de Henares.

Hé aquí, queridos lectores, una ocasión en que daría yo cualquier cosa por ser Antonio de Trueba, cantor de escenas campestres, ó cuando ménos por saber escribir versos bonitos.

¿Cuánto y cuán bello os diría yo entónces de la Virgen del Val! Pero, ¿sabéis qué es la Virgen del Val? Pues un lugar delicioso en la orilla del Henares, donde se celebra una fiesta encantadora todos los años. Y yo quiero deciros cuatro cosas de ese lugar y de esa fiesta.

Pero sabedlo, aunque os hablo en estilo ligerito, el Val,—haciendo mia la frase de un ingenioso escritor—no es cosa de risa, es de sonrisa.

¿Qué tardes más bellas, señores míos, las del 21 y 22 de Setiembre!

Todo Alcalá, ó poco ménos, acudió á la peregrinación á la ermita. Pero peregrinación popular, de buena fé, cristiana, sin pretensiones de otra cosa, y por lo tanto, sincera, entusiasta, inocente.

Venid, venid, poetas y pintores, los que gustéis de escenas campestres, de cuadros populares, de costumbres poéticas; ahí teneis el caminito del Val, que es una mina de idilios.

Cantad sus largas hileras de frondosos árboles; las risueñas perspectivas que á ambos lados se distinguen; la multitud que bulle y alborota, y las tartanas que van y vienen y las caritas verdaderamente peregrinas de las niñas que vienen y van.

El paseo del Val es larguito, pero agradable; comienza en una bonita quinta, que llaman del Carmen, y concluye en la puerta de la ermita, ó en la orilla del río, ó en un puesto de rosquillas, ó en una rústica tasca, ó en un mantel tendido sobre la fresca hierba, según los gustos, aficiones y propósitos de cada cual. Para algunos el paseo del Val suele acabar..... en la prevención.

Ya en la alameda, término de la jornada, la alegre vocería del esquilon parece que nos dice "ven-ven, ven-ven;" y vamos y penetramos ó no penetramos en el pequeño templo que nos parecía desde lejos como una blanca palomita acurrucada á la orilla del río. Y en aquellos sitios se nos pintan dulces memorias de la niñez, y hasta se nos arrasan los ojos de lágrimas al recordar al padre, ó al hijo, ó al hermano, ó al amigo, ó á la mujer amada que antes nos acompañaban á esta ermita sombrada de álamos, y hoy descansan bajo una losa sombrada de cipreses.....

Pero como allí no vamos á gimotear, estos recuerdos se ahogan bien pronto en el bullicio de la multitud, en los acordes de la música y ante la profusión de puestos de incantadas golosinas que están convidando. . . . que á uno le convidan.

Y si esto no basta, no hay más que internarse en la espesura, y dirigir el paso hacia el río, y tender la vista atrás y adelante, y á la derecha y á la izquierda. ¿Qué bonito paisaje! Por un lado grupos de mozos y mozas bailando al son de una guitarra, y familias de todas las clases sociales que meriendan alegremente al rededor de un árbol, y puñados de preciosos y elegantes jóvenes que cuchichean, que hacen señas, que gritan, que corren... y que le sacan á uno de quicio: por otro

la melancólica perspectiva de unas colinas que bujan pudorosamente sus faldas hasta el río, y que dejan ver ligeros vestigios de las fortalezas y castillos que hicieron los árabes cuando aun campaban por sus respetos en nuestra tierra; y por allí el sol, que poquito á poco se va ocultando y el cielo y la tierra que sonrien de gusto, y las aguas del río que gimen y hacen pucheros porque abandonan tan hermoso paraje, y los altísimos álamos que se tiñen de grana, y allá lejos, muy lejos, la población que se destaca fantásticamente sobre un fondo de luz rojiza.

—¡Oh, esto es muy lindo!—me dijo una niña de ojos garzos, mientras sacaba de mi pañuelo un puñadito de avellanas.

—¡Ah, y usted lo es más!—la repliqué yo sin mentir, y apretando bien los nudos del pañuelo.....

Y la niña y yo tendimos nuestra mirada por una vasta biblioteca viviente que allí se levanta, por un álbum elocuentísimo que allí hay abierto, y cuyas hojas no son hojas, sino árboles arrogantes que se mecen y contonean cuando sopla el aire, y cuyas letras no son letras, sino poemas enteros y verdaderos.....

¿Quién habrá, que al visitar aquella frondosísima alameda no haya grabado su nombre ó otro nombre, y alguna frase y alguna fecha en la blanda corteza de los plateados álamos? ¿Cuántas historias, y leyendas, y romances, y dolores allí habrá escritos sin que nadie sepa leerlos? ¿Cuántos suspiros se habrán allí escapado? ¿Cuánto tiempo se habrá allí perdido? ¿Cuánto melon se habrá comido allí?

Pero la tarde del lunes, segunda y última de la romería, pasó rápida como todo placer, y despues de tanto bullicio, tanta animación, tanta poesía y tanta prisa, emprendimos el regreso; los pies reñidos de cansancio, el estómago repleto de golosinas y el bolsillo limpio de polvo y paja.

Y unos cantando al son de la guitarra, y otros calladito, calladito, enviamos todos un tierno adiós á aquel paraje.

¡Adios, Virgen del Val, ermita risueña, esquila alborotadora!

¡Adios, frondosa alameda, árboles altivos, troncos literarios, secretas espesuras confidenciales de tantos amantes coloquios, de tantos suspiros ardientes y de tantas escenas conmovedoras!

¡Adios, Henares tranquilo hasta cierto punto. . . . frescas orillas, poéticas enramadas donde yo habitaba siempre. . . . si fuera pájaro!

¡Adios, caminito del Val hermoso, márgenes alegres, bellas perspectivas, cielos de mi alma, tierras. . . . de vuestros dueños!

¡Adios, cuantos fuisteis y no fuisteis á la romería, paisanas de mi corazón, niñas de mis ojos!

¡Adios, todos, hasta otro año!

¡Abur, lectores, hasta otro día!

E. P. x C.

Dos calles de mi Pueblo.

La calle más aristocrática de Rota es la calle de la Vera-Cruz, y la más democrática la del Calvario: estas dos calles son las más características de mi pueblo, que por mil conceptos es uno de los más típicos de Andalucía; la segunda de dichas calles está en prolongación de la primera, siendo ésta la mejor de las que confluyen á la plaza de la Caridad, centro el más importante de la villa, en el que se reúnen las personas de viso en la tertulia á la puerta de la botica, y á donde llega á las oraciones la góndola de Flaviano con los viajeros procedentes del Puerto de Santa María.

Las casas de la calle de la Vera-Cruz tienen las paredes muy enaladas y son casi todas de dos pisos con azoteas, en las que se alza generalmente una torretila cuadrada; los balcones son salientes, espaciosos, con rodapié, macetas de claveles y de albahaca, alcarrazas con el agua fresca, jaula del jilguero, montera de pizarra en cuyos huecos amontonan los niños las golondrinas, y cortina de lienzo, blanca ó listada, que monta sobre una varilla y cae por fuera del antepecho de madera, atándose con cintas á los hierros; bajo esta tienda, que lo es de campaña para las mocitas que tienen pretendientes callejeros, se sientan á coser las mujeres; algunas casas, pocas, lucen cancela de hierro en vez de porton, y en todas hay hermoso patio con algarbe, corredores altos y toldo ó montera de cristales; en las casas de un solo piso, las macetas de flores sirven de almenas al nivel de la azotea que mira á la calle; ésta, con sus aceras enlucidas á trozos, recibe la animación y el colorido de las gentes que siempre hay asomadas á las grandes rejas de sus ventanas bajas, algunas con celosías, ó sentadas en el escalón del zaguan, ó en sillitas á la puerta; de la nube de chiquillos que ganean, saltan y callan; de las carretas colmadas de paja ó de botas de vino que cruzan su empedrado; de los pregones "la flor de las viñas vendó," ó "mojarras vivas," del panadero que en calzoncillos y con su pañuelo encarnado á la cabeza, anudado atrás, monta en pelo sobre una yegua con tres sacos de harina por borren delantero; de las culebras que entran sonando el jaco los cascabeles; de los trabajadores que salen al campo con el borrico por delante, que lleva el seron con los aperos sobre la albarda y sobre el seron el perro; y por último, de ese quid bienhechor ó inexplicable de que están llenos el aire, la luz, las personas, y hasta las piedras de Andalucía.

Subiendo por la calle de la Vera-Cruz hacia donde se verifica su ensanche, formando lo que llaman los botijos "la plazaleta;" que es la Puerta del Sol de la gente del campo; como la "tienda del muelle" lo es de la "gente de la mar," en esa plazaleta, repito, está rota en la acera de la derecha la solución de continuidad de los edificios en un espacio de treinta ó cuarenta metros, cerrado por un pretil de cal y de ladrillo, en medio del cual se